

La escritura en secundaria: mucha tarea por hacer

Pedro Jimeno Capilla. I.E.S. Navarro Villoslada (Pamplona).

Todo aquel que se plantea escribir un texto, en una situación mínimamente formal, es consciente de las dificultades que entraña resolver esa tarea de un modo aceptable. Incluso para aquellas personas con una formación superior, que escriben con cierta frecuencia y tienen hábito lector, escribir es algo difícil. La explicación radica, sobre todo, en su gran complejidad. Quien se propone elaborar un texto escrito inicia un proceso de toma de decisiones interrelacionadas en muchos frentes, proceso que debe acabar en un producto final satisfactorio.

Así, antes de iniciar la redacción del texto, el escritor tiene que tener claros, entre otros elementos, los siguientes: el contenido que va a desarrollar y su estructuración, el papel que asume como emisor (escribe en nombre propio o en representación de un grupo, como simple ciudadano, como contribuyente, como vecino de un inmueble...), la intención comunicativa que le mueve (pedir, denunciar, explicar, criticar, convencer, provocar...), el destinatario del mensaje (uno o varios, conocido o desconocido,), el marco o ámbito en el que se inserta esa comunicación (prensa, mundo laboral, ámbito de la Administración Pública, familia...). Todo ello le llevará a seleccionar la variedad textual idónea, adecuada, de acuerdo con las convenciones sociocomunicativas vigentes. Pero aún no ha comenzado a escribir. Cuando lo haga tendrá que seguir tomando decisiones relativas al léxico, a la ortografía, a la puntuación, a las fórmulas de tratamiento, al orden de palabras, a la extensión de las frases, a las reglas gramaticales, tanto de tipo oracional como aquellas que van más allá del ámbito de la oración; deberá controlar el mayor o menor grado de formalidad, la utilización o no de ejemplos....

Sin duda, son muchísimos los elementos que intervienen en la producción de un texto escrito y la insuficiente atención a alguno de ellos puede hacer fracasar un buen proyecto inicial. Por este motivo la institución escolar debe hacer un gran esfuerzo en la enseñanza de la escritura. Por eso la escritura debe ser, junto con la lectura, la gran protagonista del área de Lengua y Literatura, también en Educación Secundaria Obligatoria.

Y, sin embargo, queda mucho por hacer. Hoy sabemos bastante más que hace treinta años acerca de la enseñanza de la escritura. Se puede afirmar que las investigaciones llevadas a cabo en todo el mundo (Reino Unido, Australia, Suiza, Francia, Italia, España, Estados Unidos...) coinciden en lo fundamental acerca de qué se entiende por escribir bien y cómo debe abordarse la enseñanza de la escritura. Los expertos más prestigiosos coinciden en señalar que el estudio teórico de los contenidos lingüísticos, de las reglas, es muy poco eficaz para el desarrollo de la capacidad de escribir y de comprender. Coinciden también en que hay que plantearse la enseñanza de la escritura como contenido específico y en que los alumnos deben escribir mucho en el aula, porque es precisamente en el proceso de producción cuando la intervención del docente es verdaderamente eficaz.

A pesar de todo ello, en el currículo de Lengua Castellana y Literatura vigente se da un predominio apabullante de los contenidos lingüísticos teóricos. Ciertamente, en la formulación de los objetivos, cuatro apuntan a destrezas, a procedimientos y tres, a conceptos. Pero también es cierto, y lamentable, que en el desarrollo de los contenidos lo conceptual, lo teórico, se lleva la palma. "Tengo tantas cosas que enseñar que no tengo tiempo de enseñar a escribir", me decía no hace mucho una compañera de Departamento. Los contenidos del currículo están articulados, prescriptivamente, en cinco bloques: "Comunicación" (elementos de la comunicación, tipologías textuales...), "Lengua y sociedad", "Estudio de la lengua", "Técnicas de trabajo" y "Literatura". ¿Por qué no hay un bloque que diga, simplemente, "Escritura de textos"? ¿Por qué no se avanza decididamente hacia una concepción de las clases de Lengua y Literatura como auténticos talleres de lectura y de producción de textos?

Ese es el camino si queremos ser coherentes. Sobra retórica ("clases activas y participativas", "desarrollo de la creatividad", "atención a los intereses de los alumnos"...) y faltan medidas valientes. Y el punto de partida tiene que ser inexcusablemente una revisión a fondo de los contenidos del currículo actual, revisión guiada por los grandes objetivos de la educación obligatoria y del área de Lengua y Literatura, y no por los dictados de las "grandes figuras" del mundo universitario, que muy poco saben de la realidad de la enseñanza obligatoria. Si verdaderamente queremos alumnos con el máximo desarrollo

de la competencia comunicativa, ¿qué hacemos enseñando “la función conativa”, el “complemento predicativo”, los “lexemas” y las “palabras parasintéticas”? ¿Acaso estamos formando futuros filólogos?
Queda mucho camino por hacer.